

CORAZON INTREPIDO

por BILLIE DOVE y GEORGE O'BRIEN



25

BIBLIOTECA PERLA
PUBLICACION QUINCENAL

80
cts

CORAZÓN INTREPIDO



BIBLIOTECA PERLA

Corazón Intrépido

NOTABLE PRODUCCIÓN CINEMATOGRAFICA INTERPRETADA POR
BILLIE DOVE y GEORGE O'BRIEN

ADAPTACIÓN LITERARIA DE
JOAQUÍN ARQUES



EXCLUSIVA
HISPANO FOXFILMS, S. A. E.
CALLE VALENCIA, 250 - BARCELONA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PARÍS, 204 - BARCELONA



CORAZÓN INTRÉPIDO

I

A unos trescientos kilómetros de Glenwille se halla el pintoresco pueblo de Hulern, donde conviven numerosas familias dedicadas a la agricultura y a la minería.

Pocas veces se altera la tranquilidad del vecindario; y si esto ocurre alguna vez, es para solaz de sus moradores y no en perjuicio de su paz octaviana.

No es un pueblo hecho en media docena de años, sino que tiene su historia y cuenta con verdaderos héroes entre sus antepasados, que lucharon con bríos en las infinitas escaramuzas y guerras para lograr la independencia.

Era un día de gran fiesta. Los vecinos conmemoraban, como todos los años, las hazañas patrióticas de otros tiempos, y no había casa donde no se notaran los preparativos para la celebración del fausto acontecimiento.

Hasta en un antiguo caserón de las afueras del pueblo, resto de las pasadas grandezas de los Boltons, se veía al viejo propietario con su descolorido uniforme, y dispuesto para formar con los pocos veteranos que quedaban, cuando se paseara por la población la gloriosa bandera.

Todos apreciaban en el pueblo a este viejecito de cabellos blancos como la nieve, cuya perpetua sonrisa atraía y le quitaba no pocos años de encima.

Mas a pesar de sus bondades y simpatía no dejaban de criticarle su afán desmedido por la bebida, vicio, que, según decían otros ancianos, venia de padres a hijos en aquella familia, y que debido a su pernicioso influencia, la casa, que había sido de las más ricas de aquellos contornos, estaba ya que apenas si le quedaban los gruesos muros que la sostenían.

No vivía solo el abuelo Bolton. Daniel, su nieto, había adquirido la responsabilidad de ampararle, y así lo hacía sosteniendo la carga de la casa en sus jóvenes hombros.

Decíamos que el veterano estaba dispuesto para salir a la calle. Ya se había encasquetado su galoneado sombrero de anchas alas, pero en aquel momento tuvo una idea que le hizo volver pasos atrás.

Primero miró de un lado a otro, aplicó el oído después a la habitación inmediata, y creyéndose solo penetró en un cuarto destartado, sacando de entre unos trastos viejos un garrafón que tenía escondido.

El anciano hizo sonar el líquido agitando la garrafa, y sin dejar de sonreír suspiró :

— ¡Qué lástima!... Apenas queda y quién sabe cuándo podré comprar otro barril, sin que Daniel lo sepa.

Dicho esto y con el temor del que va a hacer algo que le está terminantemente prohibido, pasó a su habitación, donde llenó un vaso con el alcohol que quedaba en su vasija.

— A la salud de mi bandera — dijo levantando el vaso.

Pero antes de que pudiera aplicar los labios en sus bordes, notó que una mano se posaba en su espalda.

— ¡Alto, abuelito! — dijo la voz de Daniel.

El bebedor sufrió la natural sorpresa; pero le tembló la mano que sostenía el vaso, y sin soltarlo para que no se derramara ni una sola gota pretendió dar sus excusas.

— Mira, Daniel — le dijo quitándole importancia a lo que iba a hacer. — Ya ves que apenas si queda un trago... y vamos, hombre, quería entonarme un poco para andar más tieso en la manifestación.

— O más torcido... y eso no debe ser. Va sabe usted de memoria lo mucho que se nos critica y me he propuesto no dar lugar a más habladurías.

— Bueno: ¿pero es que yo aquí no soy nadie?

— Usted es lo que más vale en la casa, lo que más quiero y lo que más respeto; por eso precisamente

me opongo a que beba; para que le respeten los demás.

— ¿De modo que ni probarlo?

— Ni olerlo.

— Perfectamente; no quiero que hoy tengamos pelotera por una cosa tan tonta.

— Así me gusta. ¡Ea! Ya deben estar en la plaza sus compañeros. Vaya usted con ellos, mientras yo me arreglo un poco. No tardaré, abuelito.

Y Daniel le puso el sombrero, acompañándole a la puerta. Antes de salir se detuvo el viejo soldado contemplando un enorme sable que pendía de un clavo.

Mi sable — murmuró. — Mi compañero, mi más obediente camarada.

— Sí, abuelito, sí.

— Ahora se me representa aquel hecho de armas de Gettysburg. ¿Verdad que no te lo he contado?

— Muchas veces... muchas... vaya, como que me lo sé de memoria.

Y empujándole suavemente le obligó a salir a la calle.

Va le esperaban sus amigos en la plaza del pueblo, como le dijera Daniel; pero el viejo, debido a sus achaques, caminaba con bastante dificultad, y esto le hacía llegar siempre con retraso a todas partes.

Los demás amigos ya sabían esta circunstancia, mas así y todo no dejaban de ir mostrando su impaciencia.



Daniel Bolton

— Va podíamos haber desplegado la bandera — decía uno.

— No estamos todos... falta Bolton.

— ¡Pero le vamos a estar esperando hasta mañana?

Y a todo esto el abuelo de Daniel, aquel guerrero de otros tiempos, se entretenía charlando con un tal Williams, apodado *El Anguila*, el cual se dedicaba a vender clandestinamente bebidas alcohólicas; pero él tenía la virtud de no probar ni gota.

— Oye, *Anguila* — le dijo el veterano poniéndose una mano en la boca en forma de bocina. — ¡Tienes de *aquello*?

Para usted tengo yo siempre, porque es un buen parroquiano.

Bolton siguió al vendedor, entrando en su casa.

— ¡Verás! Mi nieto tiene la manía de que la bebida me hace daño; y no sólo me acorta la ración, sino que me la quita radicalmente.

— Daniel es un tonto rematado y un presunido.

— Eso sí que no. Mi nieto lleva mi sangre en sus venas y eso es una gran cosa.

— ¿Lleva su sangre? — dijo el mercader riendo a carcajadas. — Entonces también lleva la mía, vamos, esto que le vendo.

Y al propio tiempo le llenaba un vaso al veterano, el cual llegó a apurar hasta tres.

En esto se oyó el toque de la corneta anunciando que la manifestación daba principio.

El anciano se animó de repente al oír aquellas valientes notas, y quiso referir al *Anguila* sus hazañas en la batalla de Gettysburg, pero el vendedor clandestino le condujo hasta la puerta dejándolo en la calle.

* * *

Habían esperado más de lo regular los compañeros de Bolton; y pensando que lo encontrarían durante el trayecto que tenían que recorrer, abrió la marcha el abanderado al son de la trompeta y marcando los pasos con los redobles del tambor. Todas las personalidades del pueblo seguían detrás.

El juez Maynard, ante cuya colosal figura doblaba el espinazo todo el mundo.

Jerónimo el cartero, con su flamante carro y luciendo las insignias de su cargo.

Y hasta *Tombeque*, el hazmerreír del pacífico vecindario.

Todo marchaba con la misma solemnidad que otros años, cuando los que figuraban en la retaguardia se fijaron en el viejo Bolton, que dando tremendos traspiés quería a toda costa llegar al grupo de los veteranos.

— Cómo le ha *alegrado* el patriotismo — decían unos viendo al viejo detrás de la bandera sin oír más que los redobles del tambor.

— Como siempre — refunfuñó el juez. — Toda la familia ha sido así ¡Qué vergüenza para el pueblo!

Nada de esto llegaba a los oídos del anciano, el cual cada vez con más dificultades seguía a su gloriosa bandera, y habría terminado cayendo al suelo si Daniel no se hubiera apresurado a llegar hasta él para sostenerle.

— Déjame, hijo mío... estoy cumpliendo con mi deber — manifestó Bolton.

— Es cierto, abuelito; pero ya se acabó la manifestación. Vámonos a casa.

Y quietas o no quieras, lo tomó del brazo y lo arrastró hasta apartarlo de aquel sitio.





II

No faltó quienes siguieran al nieto y al abuelo esperando sin duda alguna escena que les hiciera reír, y ésta la provocó el propio *Anguila*, haciendo al pobre viejo blanco de sus cuchufletas.

— Cómo enardece el vino patriótico — gritó riendo a carcajadas.

— ¡No! — le contestó Daniel. — Estos son los efectos del veneno que tú vendes clandestinamente.

El aludido no le pareció oportuno tomar en cuenta las palabras del mozo y volvió a reírse imitando burlonamente los balanceos del borracho.

— ¡No permito que te burles de mi abuelo! — gritó Daniel.

Y antes de que el otro pudiera prepararse para repeler la agresión, se lanzó sobre él, haciéndole entiar de cabeza en su casa.



Daniel se presentó oportunamente para que no balacra

El *Anguila*, repuesto un tanto, volvió a aparecer en la calle tratando de devolver a Daniel los golpes que había recibido; pero como el muchacho era más fuerte de lo que todos pensaban, resistió el empuje de su adversario y hasta le volvió a derribar en el suelo.

El escándalo que se produjo fué monumental, y no tuvo más remedio que acudir el juez para poner término a la reyerta.

— Todo esto lo tenía yo prevenido — gritó en-

carándose con Daniel, al cual lo habían separado del *Anguila*.

— Pues si lo preveía, debiera haber evitado que este perdido vendiera alcohol que es un puro veneno.

— Esa denuncia ya la hará usted por escrito... y ojo con equivocarse, porque le puede costar caro. Aquí no veo más que los vergonzosos efectos de la borrachera. Conque llévase a este infeliz a su casa y ya nos veremos después.

Daniel comprendió que su pobre abuelo no podía permanecer en la calle y volvió a cargar con él hasta conseguir encerrarlo en su casa.

* * *

Bastaron unas cuantas horas para que se olvidara lo ocurrido en la famosa manifestación patriótica.

Daniel corría alegremente por el campo persiguiendo a Doris Anderson, una linda joven con quien desde la infancia tenía sus más íntimas aficiones.

La muchacha, hija única de un escritor, también profesaba a Daniel un verdadero cariño, y se desvivía por estar a su lado cuando las ocupaciones propias del hogar se lo permitían.

— ¿Qué buscas por ahí? — le preguntaba Doris desde lejos viendo que su novio no hacía más que remover la maleza.

— No será nada malo, cuando me dedico a esta faena con tanto ardor.

— ¿Pero de qué se trata?

Mira, de esto.

Y Daniel le mostró un hermoso conejo que acababa de atrapar.

— ¿Qué vas a hacer con ese animalito? — le preguntó la joven.

— ¡Vaya una pregunta! Me lo voy a comer frito con tomates.

Doris no se pudo contener; y saltando como una gata sobre aquel hombre inhumano, empezó a descargar golpes sobre su cara, hasta que no tuvo más remedio que soltar su presa.

— Pero muchacha, por Dios, déjame ya... iba a soltarlo.

— Entonces ¿para qué lo has cogido?

— ¡Toma! Para tener el gusto de darle la libertad.

— Eres un embustero, Daniel; y como vuelvas a reincidir y yo lo sepa, no te acuerdes más del santo de mi nombre.

— Pero si te digo que ha sido una broma... nada más que por ver lo que hacías.

Pues ya lo has visto.

— Y aún me escuecen tus arañazos.

— No te incomodes... también ha sido una broma.

— Pero tienes que curarme ahora mismo.

— ¿Cómo?

— Con un beso en cada rasguño.

— Pero si no veo ni uno.

— Ni yo veo la recompensa de mi buena acción para tu protegido.

Doris sonrió, y dándole una palmadita en el rostro apretó a correr hacia el jardín de su casa, seguida del atolondrado muchacho.

Entretanto el abuelo Bolton se hallaba en su anchurosa habitación, muy decaído y enfermo a consecuencia del último exceso cometido en la manifestación.

Dos veteranos de sus incondicionales estaban a su lado haciéndole pasar las horas lo más agradablemente que podían, para que no se moviera del sillón.

La manía del enfermo era la batalla de Gettysburg.

Ahora me vais a dejar que os refiera mi hazaña con todo lujo de detalles — manifestó dispuesto a empezar la narración.

— Pero si tú no sabes lo principal — le arguyó uno de sus amigos.

¿Cómo que no lo sé, siendo el protagonista?

No lo sabes; y te lo voy a demostrar si me dejas que te refiera lo que yo sé, y que por cierto lo tengo apuntado en mi libro de memorias.

— Vamos, habla, que ya me tienes impaciente. ¡Pero no me salgas con alguna chanzoneta!

¡Verás, hombre, verás!... Pero antes bien podías obsequiarnos con algún traguito para remojear la garganta.

¡Traguito, eh? ¡Para mí lo quisiera! El último

barril me hizo daño, y mi nieto le ha declarado la guerra a la bebida. ¡Todo sea por Dios!

— V por tu salud.

— ¿Por mi salud? Cuando bebía me encontraba tan ricamente; y ahora que no lo hago verás como me muero.

Vamos, Bolton, no pienses en cosas tristes.

— ¡Y existe algo más triste que no beber más que agua?

— Pues mira, en la bebida empieza tu hazaña.

— ¡Ah, sí, ya no me acordaba; cuenta, cuenta!

— Era un día en que la lluvia caía a torrentes...

— ¡Agua, siempre agua!... ¡Oh, qué cosa tan antipática!

— No me interrumpas. Decía que llovía a mares. Era la víspera de la gran batalla.

Todo eso lo sé de memoria.

— Pero lo que no sabes es lo que no pudiste ver.

— ¿Por qué?

— Porque estabas más borracho que una cuba.

— Puede que tengas razón.

— Te encontrabas en la cantina armando el gran escándalo, cuando el cantinero te dijo que ya era hora de cerrar. Tú te negaste rotundamente a que hiciera tal cosa, y entonces el hombre se acercó al Cuartel general, donde dió parte de lo que ocurría. ¿Te acuerdas del capitán Milton?

Va lo creo, era un valiente.

— Pues él fué quien ordenó que te llevaran al hospital.

— ¿A mí?

— A ti. De esto ya no te acuerdas, porque ya dormías la mona de un modo que daba compasión. ¡Al hospital con este cobarde! exclamó el capitán. — Se ha emborrachado temiendo el baile que tenemos anunciado para mañana.

— ¿Dijo eso el capitán Milton? ¿Me llamó cobarde?

— Con todas sus letras.

— ¿Y tú lo oíste?

— Ya lo creo; como que estaba a su lado.

— ¿Y no saliste en mi defensa?

— No, porque en aquel momento tenía razón sobrada para expresarse de aquel modo.

— Sigue.

— Pues nada: te llevamos a un barracón destinado a hospital, donde había unos veinte o treinta individuos entre enfermos y heridos, y allí te dejamos tendido en una cama, lo mismo que si estuvieras agonizando.

— Cuando despierte — ordenó el capitán a los dos soldados que daban la guardia — no le permitan la salida. Es un cobarde que no merece llevar nuestro uniforme.

— Pues mira. Ahora es cuando sé la causa de hallarme en el hospital; siempre creía que aquello había sido obra de la casualidad.

— Pues lo fué del vino.

— Justo; y ya me vas a dejar a mí que siga recordando, porque esos recuerdos me quitan esta tristeza que se me ha metido en los huesos.

Y el buen viejo, acomodándose lo mejor que pudo en el sillón y entre las mantas que lo aprisionaban, continuó:

Yo creía de buena fe, como ya he dicho, que estaba en el hospital por una falsa alarma del médico; y mi despertar fué tranquilo, como siempre, aunque me extrañó que el reloj de la sala marcara las tres de la tarde.

Va me disponía a presentarme en el Cuerpo de guardia, cuando una espantosa descarga me hizo dar un salto; y al mismo tiempo recordé lo del encuentro con el enemigo, que ya teníamos anunciado.

Los dos soldados que daban la guardia en el hospital penetraron en la sala despavoridos.

— ¡Han cortado la retirada a las tropas! — dijo uno de ellos. — ¡Y acaban de incendiar el poblado!

Pues no tenemos más remedio que defendernos — dije yo preparando mi arma.

Aquellos dos muchachos, lejos de mostrar su natural temor ante el crecido número de enemigos que se nos venía encima, se pusieron a mi lado dispuestos a todo. Aquella firme decisión me dió más ánimo de los que yo tenía; y en el acto, porque ya no se podía perder un segundo, ordené que nos parapetáramos en el tejado del barracón.

El enemigo, enloquecido por la fiebre de la desesperación, avanzó hacia el hospital con el decidido propósito de incendiarlo, sin tener en cuenta el acto inhumano que iban a cometer.

Un grupo de unos treinta hombres cubiertos de polvo y tiznados por los fogonazos de la pólvora corrieron a depositar en los ángulos del local varios montones de leña seca.

Era forzoso jugarse la vida para salvar a los infelices postrados en los lechos del hospital, y por lo mismo di la voz de ¡fuego!

Los tres disparamos a la vez, logrando contener a los criminales; pero fué cuestión de un momento. Al darse cuenta ellos de que el local se hallaba defendido, volvieron con más fe a poner término a su infame plan.

Los dos soldados siguieron haciendo fuego desde arriba, según mis instrucciones.

Yo me arrojé a un patio, donde estaban los cuatro únicos caballos, y abriendo el portón que daba al campo los fustigué desesperadamente, obligándoles a salir disparados. Claro, los pobres animales, que por cierto estaban encerrados allí más de una semana, emprendieron una veloz carrera arrollando al grupo más cercano.

Esto, unido con los certeros disparos de los guardias, produjeron el efecto que yo esperaba entre los incendiarios.

Pero no terminó aquí el asunto. Era preciso hacer

más antes de que se acercaran. Sin pérdida de tiempo me lancé a la gran sala, donde ya unos diez o doce enfermos convalecientes habían abandonado las camas atemorizados con lo que estaba ocurriendo.

No teníamos armas; sin embargo, me hice la última cuenta, y formándolos a mi espalda, me presenté en el ancho portón del patio teniendo detrás aquel indefenso pelotón de inválidos.

— ¡A ellos, valientes! — grité dominando el estruendo.

V sin dar lugar a los asaltantes a que se prepararan, me adelanté sable en mano, sembrando el pánico más tremendo en los criminales que se nos acercaban.

Yo no recuerdo más que empecé a repartir cintarazos, consiguiendo hacer lo que se llama una carnicería, con lo que conseguí parar el atrevido golpe que proyectaban.

Cuando una columna de los nuestros vino en socorro del hospital, me recogieron de entre los cadáveres que habían quedado junto a las empalizadas del patio.

— ¿Qué os parece la defensa que hice del hospital?

— Magnífica — dijeron a la vez sus dos compañeros.

— Pues lo mismo debió parecerle a nuestro general, que de otro modo no me habrían concedido la honrosa cruz de guerra.

— Muy bien; pero todo eso lo hiciste porque no habías bebido.

El anciano sonrió y exclamó con acento convencido :

El vino lo hizo todo ; pues al no haberme quedado en el hospital por causa de la bebida, ni hubiera habido tal defensa, ni los pobres enfermos y heridos se habrían salvado de una muerte espantosa.

Los compañeros de armas de Bolton acogieron las últimas palabras de éste riendo a carcajadas ; pero no tardaron mucho tiempo en trocar su alegría por la más tremenda contrariedad.

El enfermo no estaba para hablar mucho y menos para impresionarse con fuertes recuerdos : así fué que dejando caer la cabeza sobre el ancho respaldo del sillón se quedó un buen rato como sin vida.

No hubo más camino que avisar a Daniel y éste a su vez lo hizo al médico, el cual después de un minucioso examen, manifestó lisa y llanamente que aquello era cosa perdida.

La naturaleza de Bolton no daba ya más de sí... Y por lo tanto, lo único que podía hacer la ciencia era ganar unos días, unas horas, algo, pero nada más.

El pobre muchacho cayó a los pies de su abuelo, queriendo reanimarlo inútilmente.

Pronto corrió la noticia por todo el pueblo llegando al *Hotel*, una especie de casino donde acudía lo más selecto del vecindario.

Allí, entre otros pintorescos personajes, se encontraba el juez con su inseparable puro en la boca, con el cual hacía caprichosas evoluciones, trasladándolo de arriba abajo y de izquierda a derecha.

Unos siete u ocho individuos de su calaña se calentaban alrededor de la monumental estufa, cuando se presentó el cartero, que fué el encargado de llevar la mala noticia.

— He pasado por la casa del viejo Bolton y he sabido que el pobre está acabando.

— ¿No lo dije? — se apresuró a manifestar el juez. — Y todo por el aguardiente. ¡ Valiente familia!

— Todos los Bolton irán a la tumba por el mismo camino — añadió otro de los presentes.

— Eso no lo dirás por Daniel — dijo el cartero, tratando de defender al muchacho.

— Ese continuará por el mismo sendero que sus mayores.

— Pues ya es un hombre hecho y derecho y aún no ha comenzado.

— Eso es que está esperando a que se muera el abuelo para no hacerle la competencia.

— Señores — exclamó el cartero poniéndose en pie y disponiéndose a salir. — No hay derecho para tratar de este modo un asunto tan triste.

Y sobre todo, teniendo otro que entraña una verdadera gravedad — intervino el juez.

— ¿Y qué asunto es ese?

— ¡Una friolera! He leído en la prensa que un sabio asegura que las existencias de hulla se agotarán en unos mil años, mal contados.

— ¡Demonio... pero aunque eso ocurra, ya nos podemos calentar un poco tiempo!

— Justo, y sin pensar en la posteridad. ¿Qué será entonces de nuestros descendientes?

— Es verdad... no había caído en ello... Claro, como yo no tengo familia...

De esta índole eran casi siempre las discusiones en el hotel; y por ellas se ponían de manifiesto los grados de ilustración de aquellos hombres.

Este día no duró mucho rato el chismorreo porque la curiosidad les atraía hacia el caserón antiguo donde expiraba el abuelo de Daniel... pero ya no le vieron con vida. El pobre anciano acababa de morir en los brazos del muchacho.

Fué preciso que llegara al borde de la muerte para que un rayo de luz iluminara su cerebro.

— Daniel, hijo mío — murmuró débilmente. — no sigas ni mal ejemplo.

Fueron estas sus últimas palabras, que sólo llegaron a oídos de su nieto y del honrado cartero, el cual acababa de entrar en aquel tristísimo instante.

Los demás socios de la *peña* del Hotel se presentaron al poco rato detrás de la colosal figura del juez.

Todos fueron desfilando ante el cadáver sin tener ni una frase de consuelo para Daniel. Únicamente el que capitaneaba el grupo de curiosos se acercó



No, abuelita, no. Tiene usted que ir sereno a la manifestación

al nieto, y, sin respetar su dolor, exclamó bárbaramente a guisa de oración mortuoria:

— Va ve usted el final... Que esto le sirva de lección, joven.

Y dando media vuelta se caló su descomunal sombrero de copa; y dándole fuertes chupadas al puro salió de la casa seguido de sus amigos.

En la puerta había ya colocado el cartero un cesto de manzanas, siguiendo la costumbre del país en casos de defunción.

El juez fué el primero en tomar la suya... y hasta uno de los del duelo tuvo la desfachatez de volver, pasado un corto intervalo, para cambiar su manzana por otra de las del cesto, diciendo con la mayor tranquilidad que la que antes había tomado estaba podrida.

La cultura corría parejas con el egoísmo de aquellas gentes.



III

Pasó algún tiempo y la vida en aquel poblacho continuaba del mismo modo.

Daniel, resignado al fin con la muerte de la única persona que le quedaba de su familia, continuaba embelesado con los amores de la linda hija del escultor.

Sin duda buscaba otra familia que devolviera a su hogar la alegría perdida.

En el *Hotel* famoso seguían también las reuniones de los desocupados.

Unos cuantos de éstos dormitaban una tarde al calor de la estufa, cuando se presentó el voluminoso Maynard, o sea el recto juez.

— La gran noticia, señores — dijo apartando a dos o tres para tomar asiento cerca del fuego.

— ¡Vengan esas nuevas!

— Vengo de Glenwille, y ¿a quién dirán ustedes que he visto en un teatro?

— Ya lo sé — interrumpió uno de los oyentes.

A la *Farruca*, aquella cupletista que vino aquí por una temporada y se fugó con el telegrafista...

— ¡Quia, no señor! A quien he visto ha sido a William, el *Anguila*, que está haciendo furor como campeón mundial de boxeo.

— Es una noticia... pero no le veo el interés para nosotros.

— Toma, porque todavía no sabéis lo principal.

— Pues acabe usted de una vez.

— Ya sabéis que el sábado próximo celebramos aquí nuestro gran baile. Pues bien: yo he invitado al *Anguila* a que venga con la compañía, para que nos representen una pieza en la que él toma parte con otro boxeador.

— ¿Y la compañía se compone de boxeadores?

— ¡Quia! La compañía está formada por unas chicas que quitan el hipo. Aquella *Farruca* del telegrafista no sirve ni para harrerles el piso.

— ¡Viva nuestro digno juez! — gritó entusiasmado el más viejo de todos. — Con otro golpe como este se hace digno de que se le coloque sobre un pedestal muy alto en la entrada del pueblo.

No faltó ni perro ni gato que dejara de enterarse en la vecindad del fausto acontecimiento que el dignísimo juez había preparado.

Y el sábado, día señalado para la fiesta, el pueblo en masa acudió a las inmediaciones de la estación del ferrocarril, con objeto de recibir dignamente al ya célebre *Anguila* y a las notabilidades artísticas que le acompañaban.

La alegre comitiva se presentó al fin en la calle principal de la población, llevando a la cabeza al juez, el cual se deshacía en cumplidos haciendo la presentación oficial.

— Esta es la primerísima dama de la compañía — decía, tomando de la mano a una joven que parecía la más alegre de todas.

Daniel se hallaba también en la calle como mero espectador, presenciando el desfile con un amigo.

El juez, encarándose con el compañero de Daniel, exclamó con acento solemne indicando al *Anguila*, el cual iba ridículamente vestido de etiqueta:

— ¡Este, señores, este es el célebre campeón del mundo!

— ¡Qué campeón del mundo ni qué catibaza! — dijo Daniel riendo a carcajadas.

La primerísima dama oyó la contestación del joven Bolton, y mirándole de un modo tan descarado como picaresco exclamó :

— Es muy gracioso y muy simpático el provinciano.

— ¡Vamos, Estrella! — intervino el *Anguila* arrastrando consigo a la artista para que no siguiera hablando con Daniel ; e inmediatamente que estuvieron instalados en el *Hotel* procuró hacer comprender al juez que la presencia del nieto del viejo Bolton, en el espectáculo, podría deslucirlo.

Claro : el dignísimo Maynard se cuidó muy bien de que no se le diera invitación alguna.

Por lo demás, fué un gran día aquel para el *Anguila*, viéndose admirado y agasajado por todos los que antes le tenían como un hombre vulgar.

También tuvo la dicha de que se le acercara un caballero correctamente vestido, el cual, después del consabido saludo, le puso de manifiesto que era periodista y que venía encargado por su periódico para hacer la información de la fiesta y más que nada la de su presentación.

Esto ya era el colmo para un individuo de su calaña ; y así, no paró un momento hasta que hizo cundir la noticia de que habían llegado al pueblo los más inteligentes representantes de varios rotativos de gran importancia, atraídos todos por su fama mundial.

Estaba el hombre más orgulloso que un pavo real.

No así Doris, la novia de Daniel. Esta se hallaba ofendida y hasta intrigada, al saber que el joven Bolton no había sido invitado a la fiesta. ¿Por qué?

Lo mismo se preguntaba el interesado, el cual viendo pasar junto a él a la linda Doris, acompañada de su padre, no tuvo valor ni para acercarse a ellos.

Estaba avergonzado del incalificable desprecio que le habían hecho sin causa que lo justificara ; pero no por eso se alejó del sitio donde se verificaba la fiesta.

Allí estaba su novia y allí tenía que estar él.

La media docena de músicos que amenizaban el espectáculo, hacían oír sus instrumentos de un modo tan estrepitoso que obligaron al periodista a salir a la calle para despejar su cabeza.

— A usted le ocurre lo que a mí, ¿verdad? — le preguntó a Daniel, única persona que encontró fuera. — Esos músicos me ponen en un estado de nervios terrible.

— Yo apenas si los oigo.

¿No entra usted a la fiesta?

No me han invitado.

¿Qué falta de delicadeza.

— Y lo que más me duele es que ahí dentro está mi novia.

— Pues esto es ya un caso de conciencia. Va usted a entrar.

— ¿Cómo?

— Dejándole yo mi carnet de periodista. El por-
tero no tendrá más remedio que abrirle paso.

— ¡Oh, no sabe usted cuánto se lo agradezco.
Y procuraré no ponerle en ridículo.

Nada de eso, joven. Usted una vez dentro,
me da el carnet y en paz.

— ¿Me permite una pregunta?

— Todas las que usted quiera.

— ¿Es verdad que el *Anguila* recibió ciento vein-
ticinco mil pesetas por su último *match*?

— Sí; pero yo le aseguro que no vale nada. Son
combinaciones de empresas y nada más.

Daniel no se pudo contener ya lejos de Doris y
penetró en el local donde la fiesta estaba ya en todo
su apogeo.

No había tenido tiempo de acicalarse; y temeroso
de hacer el ridículo, medio se escondió detrás de uno
de los músicos.

En aquel momento se presentó el juez en el tablado
acompañado del famoso *Anguila*.

La orquesta cesó, y por lo tanto dejaron de danzar
los bailarines esperando el discurso de Maynard para
aplaudirle, aunque dijera el mayor cúmulo de bar-
baridades.

El juez habló así:

— Señoras y caballeros: Tenemos el grandísimo
honor de que se encuentre entre nosotros el renom-
brado Williams...

— ¡*Anguila*! — interrumpió una voz.



*Todos los Bolton han muerto por la viciados que estaban con
el aguaviento*

— ¡Silencio! Todos recordamos que nadie en este
pueblo le pudo poner la mano encima. Williams los
derrotó a todos.

— ¡Bravo, bravo! — gritó la concurrencia.

— Y si no — continuó el juez — que se lo pre-
guntan al joven Bolton, que se nos ha colado aquí
sin que se le invite.

Daniel no se achicó al verse descubierto. Al con-
trario, saltó de la orquesta y dijo a voz en grito
dominando a la vez al *Anguila* con la mirada:

¡A mí no me ha pegado nunca éste, ni puede pegarme!...

— ¿Ya te has emborrachado? — dijo el juez interviniendo para que la fiesta no terminara de un modo desastroso.

Estoy como siempre, más claro que todos ustedes.

— Pues no has debido venir aquí sin invitación — le dijo el orgulloso campeón de boxeo.

— Alto, señores — manifestó el periodista. Este joven ha entrado aquí conmigo, porque me honro con su amistad y porque al no darle una invitación he creído de buena fe que se trataba de un olvido involuntario, pues de otro modo no se concibe que ocurra una cosa así entre personas cultas.

El breve discurso del periodista puso freno al despotismo del juez y a la proverbial frescura del *Águila*.

Y la fiesta continuó sin darle importancia al incidente.

— ¿Es cierto lo que acaba usted de decir? — le preguntó el periodista a Daniel.

— Cierto, sí, señor. Nunca me ha pegado ese tipo, ni me pegará.

Pues oiga una cosa: si cree que le puede vencer con los guantes en las manos, vaya a ver a este amigo mío en Nueva York.

Y diciendo esto escribió unas líneas en una tarjeta y se la entregó a Daniel.

Este se quedó sin saber qué contestar.

El periodista continuó:

— Acabo de hacerme cargo de su situación de usted en este pueblo; y le repito que con esta tarjeta de presentación y después con el poco valimiento de mi persona, podrá usted lograr que su nombre quede a la altura que merece.

— ¡Gracias, caballero! ¡Le juro que sabré corresponder a su franca amistad!

No hablaron más el joven Bolton y el escritor, porque la ridícula fiesta estaba para terminar.

Parecía una verdadera jaula de locos, o más bien ese desenfreno de querer aprovechar lo que termina y que probablemente no se repetirá hasta dentro de un año.

De aquí que alguna madre de familia llevara hasta suorro, para no perder aquellas horas que no volverían hasta sabe Dios cuándo.

Daniel no durmió después de la fiesta con la tranquilidad que siempre lo hacía.

Había leído veinte veces la tarjeta del periodista, que por cierto era uno de los mejores críticos de deporte, y su cabeza vagaba en un mar de ilusiones.

Vencer al *Águila*... ponerlo en ridículo... vengarse del juez y de todos los que le hacían el vacío. ¡Oh, esto era una gran cosa... un sueño fantástico!

Pero si lo quería ver realizado tenía que separarse de Doris.

¿Con qué motivo?

¿Cómo le decía que se iba a hacer boxeador, para que la inocente muchacha lo creyera?

Además, ¿Sabía acaso si llegaría a vencer en la lucha contra los adversarios que forzosamente se le habían de oponer en la metrópoli?

— No... esto es una locura... yo no puedo salir de aquí sin mi querida Doris. Todo lo aguantaré mientras ella me ame como hasta ahora.

Y pensando de este modo se levantó al día siguiente para dedicarse a la cotidiana faena.

Pensaba ir al campo donde había dejado ciertos trabajos por terminar, y con la esperanza de acabar pronto para ir en busca de su novia, entró en la cuadra con objeto de ensillar un potro que había adquirido días atrás y que todavía no estaba convenientemente domado.

El animal relinchó asustado al notar la presencia de su nuevo amo, pero Daniel sin hacer caso dada su constante prevención, fué a descolgar la silla, derribando una larga pértiga que tenía arrimada al muro.

El muchacho fué a cogerla para volverla a colocar en su sitio, y entonces recibió en la cara una tremenda coz del caballo, que le hizo rodar por el suelo perdiendo el sentido.

Al cabo de un rato volvió en sí al recibir el aire

fresco que penetraba por la puerta que había dejado abierta al entrar.

— ¡Demonio de animal! — exclamó palpándose la cara, de donde brotaba la sangre en abundancia. — Pero yo he tenido la culpa, por acercarme tanto sin llamarle antes la atención.

Y levantándose trabajosamente salió de allí para dirigirse a sus habitaciones.

Allí, sobre una mesa, junto a la ancha ventana que daba al campo, estaba aún el garrón conteniendo el poco aguardiente que le sobró a su desdichado abuelo.

— Esto puede que me contenga algo la sangre — murmuró Daniel, vertiendo en un vaso el contenido de la vasija.

Estaba precisamente junto a los cristales con el vaso en la mano, cuando por una de esas malditas casualidades acertó Doris a pasar por allí.

La muchacha se quedó petrificada al ver a su novio dispuesto a apurar aquel vaso de aguardiente.

— ¡Doris, Doris! — dijo Daniel muy contento al ver a su adorada, sin darse cuenta del pésimo efecto que en ella había causado.

— ¿Es ese el modo de cumplir tus juramentos?

— ¿Pero qué dices?

— ¿No juraste que no beberías ni una gota de aguardiente en tu vida?

— Y lo sigo jurando. Esto era para curarme esta herida. ¿No la ves?

— Sí... ya veo que habrás rodado por el suelo, después de salir del baile... Sí... por eso no te invitaron, para que no nos pusieras en ridículo.

— Espera, Doris... Va te explicaré lo que ha ocurrido.

Y el muchacho salió a la calle a todo correr, tropezando con todo lo que encontraba a su paso.

Esto acabó de engañar a Doris más de lo que estaba, y corrió a su vez hacia su casa gritando furiosamente.

— No te acerques a mí, o soy capaz de pedir auxilio.

— ¡Pero, Doris... vuelve en tí...

— ¡Aparta, borracho!... Todo ha terminado entre nosotros.

Y como en aquel momento había llegado a la empalizada que rodeaba el pequeño jardín de su casa, abrió la puerta rápidamente y penetró antes de que Daniel llegara a alcanzarla.

— ¡Doris, por lo que más quieras escúchame... mira que soy capaz de hacer una atrocidad...

— Eso es lo que tú harás en ese estado...

— ¡Ven, necesito que nos entendamos para sacarte de tu error!... Lo que tú has visto... vamos, lo que te has figurado no es ni lo que has visto ni lo que te has figurado... ha sido... no sé... vamos, ha sido... Pero ven, ven aquí y te convencerás.

La joven se cercioró más y más de que sus sospechas eran ciertas al notar el embrollo en que se metía

Daniel queriendo justificarse, y entró en su casa repitiendo siempre :

— Aparta, aparta... ¡Hemos terminado!

El pobre mozo tuvo intenciones de saltar la empalizada, pero se contuvo pensando que con aquello no haría más que empeorar su situación.

Doris le había visto con el vaso en la mano, tenía horror a la bebida, y como estaba causada de oír hablar en contra de los Bolton por lo arraigado que tenían el vicio, se tornó en repulsión el amor que antes sintiera por Daniel.

Entonces fué cuando la desesperación de éste le hizo pensar seriamente en su viaje a Nueva York.

Exceptuando a Jerónimo, el cartero, no le quedaba ni un solo amigo en el pueblo; y hasta Doris, su único amor, su ilusión única, la mujer que él quería hacer reina de su casa, no sólo dudaba de sus sanas costumbres, sino que le despreciaba.

Así las cosas, tuvo una conferencia con Jerónimo, con el único con quien podía desahogarse.

— He pensado seriamente en marcharme del pueblo — le dijo. — ¿Qué te parece?

— Que has pensado muy cuerdamente.

— Pues no hablemos más.

— Sí que hemos de hablar. Supongo que pensarás aprovechar la recomendación que te dió el señor periodista.

— ¡Pero tú crees?...

— Mira, Daniel; yo soy tu mejor amigo.

— Lo sé.

Pues como tu mejor amigo te aconsejo que aproveches la tarjeta. Tengo en ti gran confianza y te aseguro un éxito rotundo. Entonces ya puedes volver al pueblo y verás cómo varían las cosas.

— ¡Oh, eso sería para mí una felicidad que no merezco... No sé, no sé si me decidiré.

— Piensa en Doris.

— Ella ya no me ama.

— ¡Qué sabes tú de eso, cacho de tonto! Crees tú que el amor se va así como si se lo llevara el aire? ¡Vamos, hombre!

Doris tiene la seguridad de que sigo el ejemplo de mi pobre abuelo.

— Pues haciéndole ver lo contrario, está todo arreglado; y cuando ella vea que eres un hombre hecho y derecho, cuando sepa que ganas el dinero a espaldas, no tendrás más remedio que darme un abrazo.

— ¿Y a ella?

— A mí, uno; a ella un millón, si quieres. La cuestión es que yo pueda meter al juez en cintura y a todos esos bárbaros que le rodean.

— Nada, que me tienes ya casi convencido.

— Y ahora te voy a convencer más. Tengo unos ahorrillos y los pongo a tu disposición por si te hacen falta... ya me los pagarás el mes próximo cuando seas rico.

Gracias, Jerónimo. Por hoy tengo lo que puedo

necesitar para vivir modestamente en Nueva York unos cuantos meses.

— Pues andando.

Quedó el asunto decidido. Y al día siguiente de esta conversación, Daniel con su ropita nueva, de corte pueblerino y su sombrero de paja que apenas si se le podía sostener en la cabeza, le dió un adiós de despedida a la casa donde habitaba Doris y se dirigió a la carretera, donde ya le esperaba Jerónimo para llevarlo a la estación en el carro de repartir el correo.

— ¡Chico! — exclamó al ver a Daniel tan arreglado. — Estás para que te enfoque un fotógrafo. ¿Ves? Si yo estuviera en el puesto de Doris, tendría ya unos celos espantosos; en cuanto llegues a Nueva York te secuestran las damas.

— Vamos, hombre. ¿No ves que no estoy para bromas? ¡Dejo aquí lo que más quiero en el mundo!

— Bueno... y se va lo que más queremos... estamos en paz... Y ni uno ni otro debemos entristecernos porque no hemos de tardar en vernos.

Dios te oiga.

— ¡Pues no me ha de oír! ¡Ya lo creo... como que voy a poner el grito en el cielo.

— ¡Qué bueno eres para mí!

— No tan bueno. Sepas que en todo esto existe un algo de egoísmo.

— ¿De veras?

— ¡Ya lo creo! No espero más que tus triunfos para dejar de repartir cartas...

— ¡Oh!...

— Primero repartiré *fortes* entre los imbéciles que hoy te niegan hasta el saludo... después seré tu secretario particular y tu administrador.

— Serás mi hermano, como lo eres ahora.

— ¿Sí? Pues acepto el título. He salido ganando.

Daniel se presentó en la gran metrópoli, como el que la va a conquistar, animado más con las palabras de despedida de su amigo, que fiado en sus propios merecimientos.

No era la primera vez que se presentaba en Nueva York, pero no por eso dejó de sentirse pequeño al poco de haber cruzado aquellas vías amplísimas, plétóricas de gente de todos los países.

— Todos éstos han sabido conquistarse un modo de vivir—pensó.— No he de ser yo tan desgraciado que no lo encuentre también.

Y siguió andando, llena de esperanza el alma, y buscando la dirección del gimnasio que indicaba la tarjeta que le diera el periodista deportivo.

Este centro, adonde acudían los más famosos atletas y boxeadores, estaba dirigido por el célebre Hogarty, el cual tenía dos debilidades: el boxeo y el brillo del piso de su establecimiento, cuyos puli-

mentados parquets parecía que no eran pisados por persona alguna. Y ésta fué la primera desgracia del pobre Daniel.

Con los zapatos llenos de lodo, de tanto andar por las calles, fué dejando en el piso las inmundas huellas de su paso; y esto, como es natural, molestó y no poco al director y dueño, el cual viéndolo llegar medio atontado a su despacho, le preguntó malhumorado al dependiente que le acompañaba:

— ¿Qué diablos quiere este hombre?

— Hablar con usted... Es lo único que le hemos podido sacar.

— ¡Bien se podía haber limpiado las botas antes de llegar hasta aquí!

Daniel se miró los pies y se puso más rojo que una amapola.

— ¡Ea! ¿Qué es lo que usted pretende? — volvió a decir Hogarty viendo que el recién llegado no hacía más que darle vueltas al sombrero de paja.

— Me han asegurado que busca un boxeador de peso fuerte...

— Eso lo buscamos siempre. ¿Tiene usted alguno?

— Sí, señor... yo...

— ¿Usted? — dijo el director del gimnasio soltando una ruidosa carcajada. — No me lo habría figurado jamás.

— Pues, sí, señor... soy yo — repuso Daniel cobrando ánimos.

— ¿Con esa facha?

— Me parece que usted está hoy malhumorado y la quiere pegar conmigo.

— No, hombre, no. Es que, la verdad, me sorprenden sus pretensiones.

— Cada cual es muy dueño de tener las que quiera.

— Siempre que las sepa sostener, se entiende.

— Naturalmente.

— ¿De modo que quiere usted luchar? Está muy bien; pero le participo que de aquí no sale nadie sin que demuestre sus condiciones buenas o malas.

Daniel no acabó de entender lo que quería decir el director y se encogió de hombros.

Precisamente en aquel momento se entrenaba un boxeador de aspecto formidable, y a éste se dirigió Hogarty llamándolo aparte.

Acaba de llegar un papanatas de un pueblo, con la mar de pretensiones; y desco que le des una buena paliza para que no vuelva más a molestarme.

El atleta miró de reojo a Daniel y se sonrió, aprobando así lo dicho por el director.

Daniel no se había movido de junto al escritorio y seguía dándole vueltas al sombrero.

— ¿No se habrá usted equivocado, joven? — le preguntó Hogarty, acercándose.

— ¿Por qué?

— Hombre, porque tiene usted más trazas de malabarista que de boxeador... y aquí en este gimnasio no admitimos a los títeres.



Te aseguro que jamás probaré las bebidas alcohólicas

— Le repito — habló el muchacho con la más sana inocencia — que deseo boxear porque me creo con aptitudes suficientes.

— Perfectamente. ¿Ve usted esa mampara?

— Sí, señor.

— Pues da a la calle. Se lo digo para que no tenga que preguntar por la puerta si es que sale ileso.

— Pero es que yo no he venido a luchar...

— ¿Ya tiene usted miedo?

— No, señor... a mí no me asustan los hombres, por fuertes que sean.

— ¿Y las mujeres?

El pobre Daniel tampoco supo contestar de una manera adecuada debido a su turbación y a la poca costumbre de tratar con gente socarrona.

Y quisiera que no, fué conducido por uno de los mozos, para que se desnudara en la habitación dispuesta para el caso.

Ya era indispensable demostrar sus condiciones; y Daniel se lanzó de lleno sin reflexionar en lo expuesto de una prueba con profesionales, sin tener ni los más mínimos rudimentos de boxeo.



IV

Todo era jolgorio en el tablado, ante la perspectiva de un sainete.

— Si de momento quiere pegar fuerte — le dijo el director al atleta, — no hagas más que defenderte como si le tuvieras miedo. Después le das uno de los tuyos... y al *hule*.

— ¡Me da lástima tener que habérmelas con una golondrina así.

En esto apareció Daniel envuelto en la bata, y fué andando pausadamente hasta llegar a las cuerdas que rodeaban el tablado.

— ¿Vas a luchar con bata? — le preguntó Hogarty.

— Ya me la quitaré ahí.

— ¡Pues adentro! — gritó uno de aquellos hombres, dándole un golpe para que metiera la cabeza por entre las cuerdas del ring.

Daniel penetró dando ridículos trompicones y haciendo reír grandemente a los que presenciaban la escena.

Pero cuando se despojó de la bata, el director dejó de reír y se quedó con un palmo de boca abierta.

La recia musculatura de Daniel le dejó desconcertado por completo.

— ¿Te has fijado? — le preguntó por lo bajo al boxeador que iba a luchar con él.

— Sí — contestó con fingida indiferencia. — No está mal presentado... pero ya verá usted lo que hago con él.

Lo supongo... pero a veces... salen unas sorpresas... Conque no pierdas el tiempo; pega pronto y bien... nada de juegos, hasta ver cómo se porta el mozo.

La lucha dió principio; y entonces el atleta de profesión fué el que notó los puntos que calzaba Daniel, el cual arreaaba de firme, aprendiendo sobre el terreno lo que tenía que hacer para salir airoso del atrevido lance en que se había metido.

El interés crecía por momentos; y luchando con nobleza, todas las probabilidades del éxito estaban de parte del novato.

Así lo comprendió Hogarty, el cual se acercó al boxeador para darle las precisas instrucciones.

— Procura que no te alcance... Cánsalo... Es el único recurso que te queda.

Así lo hizo el contrario de Daniel; y como éste

ignoraba por completo los ardides del juego y las malas artes de los perros viejos, creyó que ya tenía vencido a su rival y quiso sacar sus últimas fuerzas para acabar con él.

Ésto era lo que el otro quería precisamente, agotarle antes de tiempo.

Pero en aquel instante se abrió la mampara y apareció en el salón el presidente deportivo, reconociendo en seguida en uno de los luchadores a su protegido del pueblo.

¡Altos! — gritó haciendo valer el dominio que tenía en el establecimiento.

La lucha cesó a la voz del crítico.

— Pero, oye — le preguntó al director, con gran interés. — ¿Por qué has puesto a ese bárbaro frente a mi amigo?

— ¿Ese muchacho es amigo tuyo?

Es mi protegido; y ya sabes que yo siempre me decido por los que valen y por los que pueden llegar si se les ayuda.

— Pues no me ha dicho nada.

— ¡Perdón, caballero! — se apresuró a decir Daniel desde el tablado. — No me han dado tiempo de presentar la tarjeta que usted me dió para presentarme.

— Bien, hombre, bien. Ahora ya estoy aquí yo, y verás cómo varían las cosas.

— ¿Entonces hemos terminado? — manifestó el director.

— ¡Quia, hombre! A mi protegido aún le quedan bríos. ¿Verdad, muchacho?

— Sí, señor; y estando usted a mi lado, más aún.

— Pues adelante.

Y aproximándose a Daniel le dijo al oído:

No equivoque usted sus golpes; y para eso no hay mejor cosa que acercarse. Con un puñetazo bien dirigido lo pondrá fuera de combate.

Y ocurrió lo contrario que al empezar la lucha. Todos los presentes, incluso el director, se pusieron de parte del nuevo boxeador, al cual procuraban animarle.

— ¡Pega duro! — le gritaban unos.

— Anda con él, que no vale nada — añadían otros.

Y Daniel, enardecido, siguió pegando firme, hasta que el coloso, que se las prometía tan felices, cayó al suelo con todas las de la ley.

El nuevo boxeador había vencido, lo que se llama por puños, pero, naturalmente, sin arte; de aquí que el director se brindara espontáneamente a preparar al muchacho, al que le aseguró que no le harían falta muchas lecciones.

No pasó mucho tiempo en presentarse en público el nuevo campeón de boxeo.

Y a una lucha siguió otra y otra. Daniel fué acercándose rápidamente a la cima, gracias a su rara complexión y no menos a las buenas lecciones que supo aprovechar.

Su nombre fué en seguida muy conocido, pues su amigo el crítico de deporte se cuidó de darle la popularidad en la prensa.

Algo ocurrió, sin embargo, que no debió haber pasado hasta que Daniel hubiera llegado a alcanzar el triunfo definitivo.

Y esto fué que el afortunado boxeador comenzó a frecuentar los cabarets y otros sitios de recreo donde concurrían especialmente los que, como él, se dedicaban al peligroso deporte.

Claro, allí tuvo lugar de codearse con el *Anguila*, con el cual aún no había luchado y contra quien estaba en Nueva York desde su llegada.

El afán constante de Daniel era luchar con él y vencerle para vengarse de las amarguras que le hiciera sufrir en el pueblo.

También el *Anguila* envidiaba los triunfos de su enemigo; pero con el barniz que había adquirido en la gran ciudad, procuraba disimular sus rencores.

Así y todo, no perdonaba medio de pincharle delante de todos para hacerle blanco del ridículo.

Una noche se encontraron en el *Excelsior Club*, donde estaban en mayoría las más bellas y elegantes mujeres de vida alegre.

Hombre, me alegro que empieces a frecuentar el gran mundo — le dijo el *Anguila* sonriendo.

— Tengo tan buen gusto como tú.

— Eso es, precisamente, lo que te hace *bata* mejor gusto, sobre todo en el vestir. ¿No te fijas en la diferencia que va de ti a mí?

No entiendo de estas cosas, ni entenderé jamás.

— Pues harás el ridículo en todas partes.

— Luchando aún no lo he hecho, y espero que cuando lo haga contigo lo haré menos.

El *Anguila* se puso pálido; pero contestó en el acto:

¿Tienes la pretensión de medir tus fuerzas con las mías?

— Si es que no tienes miedo a mis puños, ya me tienes a tu disposición.

Los amigos de ambos boxeadores se apresuraron a intervenir para que aquello no acabara de un modo tan trágico como escandaloso; pero no sin que los dos contrarios prometieran tener un encuentro lo más pronto posible.

Era natural que esto llegara a oídos de los empresarios, tanto más encontrándose allí muchos de ellos; y aquella misma noche quedó concertada la lucha para la semana siguiente.

Daniel estaba satisfecho; y exteriorizó su complacencia acudiendo con más asiduidad a los centros de diversión de sus amigos y admiradores.

No las tenía el *Anguila* todas consigo, porque ya

había presenciado algunos *matches* de Daniel y sabía cómo las gastaba.

Además, sus incondicionales no dejaban de preocuparle con sus continuos consejos, que aunque fueran desinteresados le ponían fuera de sí.

— Ahora ya es menester que te prepares para luchar con ése — le decían.

Es una *tontería* a mi lado.

Pero no podrás hacer con él lo que has hecho con otros.

— Lo mismo, ya lo verás.

— Es que tiene a toda la prensa a su lado; y la lucha será legal, y por lo tanto igual para ambos.

— ¿Es que yo no lucho con legalidad?

A veces no; pero te lo perdonan porque proporcionas muy buenas ganancias.

— Ya veremos.

— En esta ocasión ya no se va al negocio; porque sólo el anuncio de vuestra lucha ha despertado tanto interés que no habrá ni un asiento vacío.

— Así será más ruidoso mi triunfo — dijo el *Anguila*, queriendo animarse él mismo.

Pero como ya hemos dicho no las tenía todas consigo y pensó valerse, como siempre, de malos medios.

Sabía muy bien que la bebida había derrotado a más de un campeón, y como éste era verdaderamente el flaco de la familia Bolton, pensó aprovecharse.

Temía seriamente que Daniel le derrotara en el *match* concertado entre los dos, y encargó a la fascinadora Elena que pusiera el licor al alcance de su enemigo.

Era el *Anguila* un intrigante como pocos y supo averiguar que la susodicha joven era la única que tenía simpatías y hasta ascendiente con Daniel, el cual anduvo siempre un tanto alejado del bello sexo.

Preparado por el propio intrigante se organizaron cenas espléndidas durante la semana en que estaban aún pendientes de la lucha; porque es lo que decía el boxeador a sus conocidos:

— No quiero que se dude ni un momento de que tengo bastantes simpatías por ese pobre muchacho. Quiere luchar conmigo, y como esta lucha será seguramente la última que haga, es justo que se le obsequie para que recuerde algo agradable cuando se halle de nuevo en su pueblo.

De aquí que Daniel no pudiera negarse a alternar con el hombre a quien tanto odiaba.

Hallábanse ambos boxeadores en el mismo salón, acompañados de sus respectivas amistades.

Elena no abandonaba ni un instante a Daniel, obrando así por encargo del intrigante.

— Vamos, hombre — le decía la joven al inocente boxeador. — Bebe conmigo y no te muestres tan retraído.

— No hace falta beber para estar alegre a tu lado.

— Pues, hijo, no me lo demuestras; parece que

estamos en unos funerales. Anda, brinda por el triunfo que te espera.

— ¿Es ese un capricho tuyo?

— Es lo que debe ser. Ahí tienes al *Anguila* apurando botellas que es un prodigio.

— Querrá animarse; a mí no me hace falta.

— Pero al ver que no *alternas* van a creer, y él antes que todos, que tienes miedo a las copas.

— Pues a él y a ti voy a demostrar todo lo contrario. ¡Una copa, Elena... una copa a la salud de la mujer más bella de Nueva York!

— ¿Y quién es esa mujer maravillosa?

— Tú y nadie más que tú.

Y Daniel apartó la copa de un trago.

Todos aplaudieron y especialmente el *Anguila*, el cual cruzó su mirada con la que Elena le dirigía en aquel momento.

— Ahora brindo yo — dijo levantándose muy animosa.

Y alzando su copa, cuya espuma se desbordaba con alegre chisporroteo, exclamó:

— Brindo por el boxeador más valiente del mundo.

— ¿Y quién es ese célebre campeón? — preguntó el *Anguila*.

— Aquí lo tenéis a mi lado. ¡Daniel Bolton!

Una tempestad de aplausos acogió el brindis de Elena.

El *Anguila* fingió admirablemente un disgusto que estaba muy lejos de sentir, y dejó a Daniel que si-

quiera animándose ante el triunfo que obtenía entre el elemento femenino.

El muchacho quiso demostrar primero que agradecía la preponderancia que se le daba en aquella fiesta, y después que no le importaban dos botellas más o menos.

Va estaba metido en harina, y no era cosa de batirse en retirada.

Los taponazos menudeaban, y Daniel, animado y alegre como persona alguna lo había visto, siguió apurando copas y lanzando epigramas a diestro y siniestro con una gracia y una espontaneidad extraordinarias.

El regocijo llegó a degenerar en escándalo, y éste atrajo al salón al periodista protector de Daniel.

Pronto se dió cuenta de su lamentable estado y se propuso ver si lo podía atajar.

— Oye, Daniel — le dijo acercándose y quitándole una copa que tenía en la mano. — ¿Qué diablos haces? ¿Te estás entrenando con champaña?

— ¡Fuera los intrusos! — gritó Elena interponiéndose.

— Fuera, fuera — gritaron en la mesa donde estaba el *Anguila*.

— ¡Ea, ven conmigo, Daniel! — volvió a decir su padrino, tratando de sacarlo de allí a viva fuerza.

— ¡Señores! — vociferó el *Anguila* aprovechán-



Jura que no seguirás mi ejemplo

dose. — Acaba de presentarse la niñera de mi simpático contrincante.

Una carcajada general siguió al estúpido chiste de aquel envidioso.

Daniel estaba ya en un estado tal de desequilibrio, que ni dió importancia a las frases del *Anguila*, ni hizo caso de las razones de su amigo.

— ¿Viencs o no? — preguntó éste deseoso de terminar pronto.

No. En las luchas mandas tú... pero en la calle no tengo amo... conque déjame en paz y no vengas a entristecer mi existencia. ¡Señores, brindo por Elena y por ella... y por ella... y después por todos!

Y el inocente muchacho siguió bebiendo, entregándose en cuerpo y alma a su mortal enemigo.



V

En el pueblo continuaba todo en el mismo estado de antes.

El juez, con su manía de criticar a todo el mundo; Jerónimo, con su afán de vencerlo, y Doris con su amor a Daniel.

La muchacha no había dejado de amarlo ni un solo momento, y hasta nos atreveríamos a asegurar que estando él ausente había aumentado el cariño... cosa que olvidaba Daniel.

Claro; Doris no tenía más consuelo que hablar continuamente con el cartero, el único amigo que su novio tenía en la localidad.

Y éste solía mostrarle los periódicos que relataban los triunfos del nuevo boxeador.

— ¿Hay noticias de Daniel? — le preguntó Doris

a Jerónimo, viendo que éste se le acercaba con cara de satisfacción.

— De Daniel no, pero de otra persona sí.

— ¿Y qué persona es esa?

— Su protector, el periodista Macense... Ese amigo que tiene vale por todos los del pueblo.

— ¿Pero qué dice ese señor?

— Pues verá usted. Manda dos entradas para asistir al gran *match*, en el que luchan Daniel y el *Angulo*.

— ¡Oh!...

— Y estas entradas parece que son para usted.

— ¿Para mí?

— Claro; me dice en la carta que Daniel quiere verla.

— ¿Pero no me engaña usted, Jerónimo?

— ¡Qué la he de engañar! Supongo que no pensará usted desairar al muchacho...

— No sé...

— Nada, nada; tiene usted que ir; es de todo punto indispensable que Daniel la vea; esto le animará y la paliza para el *Angulo* será más gorda. ¿Qué me dice usted?

— Que iré.

— Pues no hablemos más del asunto... y allí nos veremos.

— ¿También va usted a Nueva York?

— ¡Estaría bueno que no fuera! Yo tengo allí un puesto de preferencia. ¡Ay, señorita Doris! Lo que



La fiesta en honor de "El Angulo"

es hoy no me cambio ni por el mismísimo Presidente de la República.

* * *

La noche del famoso *match* se veía llenísimo el espacioso local.

El público presenciaba las luchas preliminares sin interés alguno, esperando la anunciada como sensacional.

La prensa se había encargado de contaminar a los aficionados, con los cuales formó dos partidos.

Unos a favor de Daniel y otros del *Águila*; por más que el primero tenía aquella noche más simpatías.

De pronto estalló un aplauso formidable.

Daniel se presentaba en el tablado.

Se hallaba tranquilo; tanto, que sin hacer caso de la ovación que se le tributaba, buscó con la vista escudriñando entre la apiñada masa humana, hasta dar con el paradero de Doris, a la que acompañaba su anciano padre.

Otro aplauso no tan nutrido siguió a la aparición del *Águila*.

La lucha iba a dar principio, y un malestar, una angustia incomprensible empezó a apoderarse de la pobre Doris.

— Hija mía — le dijo el escultor, notando la nerviosidad de la muchacha. — Para esto no debieras haber venido.

— ¡Tenía por Daniel, padre mío!

— V yo también, no lo puedo negar. ¡Oh, esto es bárbaro, sin atenuantes de ningún género!... Pero ya estamos aquí y hemos de ser bárbaros también si no queremos hacer el ridículo.

La lucha dió principio con gran acometividad por parte de Daniel, sucediéndose seis tremendos *rounds* en los que Daniel llevaba no poca ventaja; pero *Anguila* se reservaba, y al fin obtuvo lo que con tanta asiduidad había preparado.

Su enemigo comenzó a sentir los efectos de tanto días de vida alegre y fué perdiendo bríos de un modo lamentable.

— ¿Por qué no golpea Daniel con la derecha — se preguntaban sus amigos.

El *Anguila* se envalentonó; y cayendo brutalmente sobre su adversario, le hizo rodar por el suelo.

Daniel pudo levantarse, y su primera mirada fué hacia el sitio donde había visto a Doris.

Ya no estaba allí. La infeliz joven no pudo resistir por más tiempo y obligó a su padre a que la sacara de aquel infierno.

En un instante había perdido el boxeador nueve todas las simpatías que antes lograra ganar.

El *Anguila* subía como la espuma, acabando por vencer en toda la línea.

Daniel obtuvo uno de esos fracasos monumentales... desgraciadamente para él, sin culpa alguna.



Daniel, todo ha terminado entre nosotros

Una vez en la enfermería fué reconocido por el *menager*.

¿Pero qué es esto? — preguntó el técnico. — ¡Tienes la muñeca rota!... ¿Por qué no lo has dicho antes de lo que ha pasado?

Daniel no contestó. Estaba más preocupado que nunca, y no tenía más deseos que alejarse de allí.

— ¡Oh, no quiero recibir a mis amigos, después de esta cruel derrota! — suspiraba el pobre.

— Por eso no tengas envidia, muchacho. Tus amigos no vendrán esta noche. ¿Para qué? Ahora

se irán como moscas detrás del *Anguila*. Pero de todo esto no tiene nadie la culpa más que tú. Si hubieras estado en mejores condiciones, el éxito era para ti... ya te lo dije. Vales cien veces más que ese orgulloso.

— ¡Gracias, gracias! ¡No sabe usted cuánto le agradezco estas frases de consuelo!

— Te juro que son sinceras. Ahora, si tienes coraje, debes esperar la ocasión, y entonces...

Daniel movió la cabeza de un lado a otro en señal de duda, y con la mano descansando sobre un pañuelo anudado al cuello, salió solo de la enfermería, sin tener ni siquiera un amigo a su lado.

El mundo se inclina siempre ante el éxito y desprecia al fracasado.



VI

Daniel pasó bastantes días alejado del bullicio y cada vez más preocupado con su fracaso.

Sin embargo, algunos empresarios no dejaron de alentarle, proponiéndole nuevas luchas, con la seguridad del éxito; y esto decidió al muchacho a volver de nuevo a cultivar sus amistades.

Había ganado algún dinero, y esto le permitió poderse presentar otra vez en el bullicioso mundo, sin hacer un mal papel entre la gente que gastaba el dinero a manos llenas.

— Ya vuelve a aparecer la *estrella* — se decían al ver a Daniel en los salones de un cabaret.

En efecto. El boxeador elegantemente vestido, como acostumbraba desde que adquirió el barniz de gran ciudadano, iba de un lado a otro buscando inútilmente pareja para bailar.

Por fin, entre un grupo de alegres muchachas advirtió la presencia de Elena, y a ella se dirigió sonriendo.

— ¡Gracias a Dios que te encuentro! — le dijo ofreciéndole el brazo. — ¿Quieres bailar?

La aludida le miró con marcado desdén.

Si bailas tan mal como luchas, más vale que me dejes sentada.

Daniel se quedó sin saber lo que le pasaba ante aquel tremendo ridículo, y optó por dar media vuelta alejándose del salón, y temiendo que llegaran a sus oídos las carcajadas de las damas y caballeros que habían oído las despreciativas frases de Elena.

No hay derecho para que se me trate de este modo — suspiró Daniel, apoyándose en el mostrador que ocupaba Catalina, la bella administradora del establecimiento.

Esta, más compasiva que las otras, se acercó al joven con tierna solicitud, comprendiendo lo que sufría.

— Tú no has nacido para esta clase de vida, Daniel — le dijo con sincero acento. — ¿Por qué no vuelves a tu tierra?

— ¿Y qué haré allí, amiga mía?

— Allí, por lo menos, vivirás tranquilo.

— La tranquilidad ya se acabó para mí.

— Eres muy joven para estar desengañado.

— No, Catalina... no puedo ir a mi pueblo. Allí quedé mal con la única persona que tuvo fe en mí.



¿Por qué has puesto a mi amigo a luchar con ese bárbaro?

— Eso no importa. Olvida lo que haya pasado y vuelve. Verás como no me equivoco... Ella te estará esperando.

— Es demasiado tarde... soy indigno de su amor.

— Pues yo te vuelvo a repetir que debes volver a tu tierra.

Diciendo esto vió Catalina una elegante cantimplora de plata que asomaba por uno de los bolsillos del boxeador.

— ¿Aun sigues bebiendo? ¡Qué mal haces!

— Y tú, qué bien me aconsejas.

— Pues en pago de estos buenos oficios te pido un favor.

— ¿Cuál?

— Que me regales ese pequeño depósito venenoso.

— ¿Vas a beber tú?

— No. Es que deseo tener un recuerdo tuyo.

David entregó la cantimplora a Catalina y se dispuso a salir a la calle, al mismo tiempo que luchaba con la idea de abandonar la gran ciudad para siempre.

— ¡No! — se dijo de pronto, dominando su estado de flaqueza. — Yo no puedo presentarme en el pueblo con el fracaso que llevo encima... ¡Eso, de ninguna manera... aunque sucumba aquí!

Ya estaba en la acera, cuando se detuvo un auto del cual se apeó una dama elegantísima.

Daniel reconoció en seguida a una de sus antiguas amistades y fué a saludarla; pero casi al mismo tiempo se interpuso un caballero, apartando de un empujón al atolondrado boxeador.

— ¿Tú? — gritó éste reconociendo al *Anguila* en el que acompañaba a la dama.

— Hombre, celebros que me hayas reconocido después de la tunda que te di. Creí que te había dejado sin sesos en la mollera.

Daniel dió un paso atrás y no contestó... Las palabras se le atascaban en la garganta.

El *Anguila* recargó su encono contra el desventurado Daniel, creyendo que éste no tenía valor para contestar.

— ¿Por qué no te vuelves al lado de tu novia? Aunque me parece que no debes tenerla muy satisfecha de tu conducta.

El muchacho, sin pronunciar ni una palabra, dió un salto y se arrojó sobre su enemigo, el cual no estaba preparado para aquella acometida, vaciló y acabó por caer al suelo junto al automóvil que lo había conducido hasta allí.

Pero no se desconcertó por eso. Lleno de todo se levantó del arroyo y la emprendió a golpes con Daniel, que no esperaba más que ese momento para desahogar su furia.

Aquello no era pelea, sino una serie de terribles encontronazos, en los que el *Anguila* llevaba siempre la peor parte.

El público se fué arremolinando alrededor de los combatientes; y hasta un guardia formaba ya parte del grupo de curiosos.

Los puñetazos por parte de Daniel eran formidables, y tan bien dirigidos que su contrario ya no tenía ni sus arrestos de antes, ni siquiera la noción de que luchaba.

Su rostro, bañado en sangre, estaba ya completamente deformado.

— ¡Pero, guardia! — gritó un espectador, imponiéndose a la tropellía. — ¿No puede usted dominar a esos hombres?

— ¡Y quién es el necio que interrumpe una lucha como ésta? No pida usted disparates.

En este momento arremetió Daniel con tal empuje, fué tan monumental el puñetazo, que el *Águila* cayó al suelo, no como un cuerpo que se desplomaba, sino como un inmenso guñapo.

No hubo una frase de conmiseración para el caído. Sólo un aplauso unánime premió la fortaleza del vencedor.

Y mientras el guardia y otras personas recogían el cuerpo ensangrentado del *Águila*, se le acercó Daniel:

— Ahora es cuando volveré a mi tier a... ahora, que ya no sirves ni para tacos de escopeta.

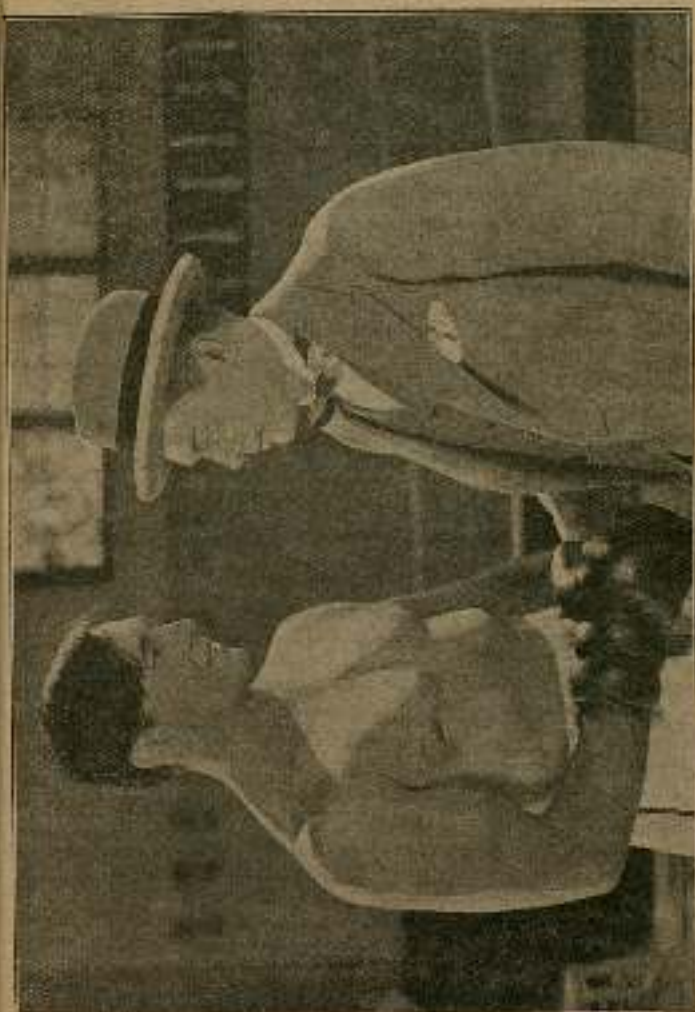
* * *

Pocos días después se hallaban reunidos en el hotel del pueblo, y como siempre alrededor de la estufa, el flamante juez y sus dignos satélites.

Todos habían sido convocados por la autoridad local, para tratar de un asunto de grandísimo interés, pues los acontecimientos más extraordinarios salían resueltos, bien o mal, de aquel centro, que más bien tenía trazas de «peña» de un modesto bar.

El juez encendió su inseparable cigarrote, echó carbón en la estufa y habló con su acostumbrada petulancia:

— Señores... Ya saben ustedes que me bastó y sobro para resolver cualquier asunto, por peliagudo que sea.



Acercándose más y más fuerte.

— Lo sabemos — contestó uno de los oyentes, por decir algo.

— Sin embargo — continuó el juez, — no quiero asumir por entero la responsabilidad que pueda caberme, y por eso...

— Al grano, al grano...

— Silencio, si no quieren que deje el asunto para otra ocasión.

— ¡Adelante, y cuenta con que no le volveremos a interrumpir.

— Así me gusta. Primero quiero saber una cosa. ¿Quién manda aquí en este pueblo?

Un silencio sepulcral siguió a estas palabras.

— ¿Quién manda aquí? — volvió a decir gritando hasta ensordecer.

— ¿Pero se puede interrumpir ahora?

— ¡Claro que sí! ¿No habéis oído que hago una pregunta?

— Vuélvala usted a hacer.

— ¡Pregunto! ¿Quién manda aquí?

— ¡Usted! — contestaron a coro aquel puñado de imbéciles.

Pues entonces debéis acatar todos mi voluntad.

¿Más aún?

— ¡Silencio! Se trata de un negocio por medio del cual podemos levantar un casino, donde se jugará, y el pueblo se irá engraudeciendo sin que tengamos que pagar un cuarto los vecinos.

¡Viva el señor juez!

— ¡Silencio! ¿Os parece bien esto del casino y del juego?

Silencio sepulcral.

Ya tenéis permiso para exponer vuestras opiniones.

El farmacéutico se levantó y exclamó como si ya tuviera perfectamente estudiado el tema:

— Protesto del juego, porque es uno de los vicios que padece la humanidad; pero en este caso no protesto porque viene a llenar un vacío aquí... vamos, aquí en este pueblo donde todos vivimos y...

— ¿Va a durar mucho el discursito? — intervino el juez.

— Terminó muy pronto. Si el juego nos presta su apoyo, que se juegue; y si se opusieran todos los vecinos, no me importa. La cuestión es el engrandecimiento del pueblo. He dicho.

— Uno que está conforme. ¿Hay otro que quiera tomar la palabra?

— Servidor — dijo poniéndose en pie el herrador. — Yo no he jugado jamás, y por lo tanto no puedo decir si el juego es bueno o malo.

— Pues cálese usted ya.

— No, señor. Me levanto para proponer una cosa.

— Acabe usted de una vez.

— Vamos a organizar una partida y después discutiremos sus bondades o sus males.

Río no tiene pies ni cabeza.

Pues que hable otro.



La lucha (el tal) para Ganar

— Ya está la primera parte suficientemente discutida. Ahora vamos a la segunda.

Nunca segundas partes fueron buenas.

— ¡Silencio! Todo esto que por mediación del *Anguila*, que ya es un prohombre, me han propuesto en Nueva York, tiene un lado de negocio un tanto escabroso y que nosotros tenemos la obligación de tapar. ¿Qué os parecen las bebidas alcohólicas?

— Excelentes... pero hemos quedado en perseguirlas de muerte.

— Pues hemos de hacer todo lo contrario. El alcohol es la principal fuente del casino.

— ¡Una fuente de aguardiente! ¡Bravo, bravo!

— Una fuente de riqueza para que el casino pueda pagar las grandes cantidades que yo le pienso pedir para las mejoras de la población.

¿Y se podrá beber en el casino?

Allí nada más. El que pruebe una gota fuera de aquel centro, será castigado sin compasión de ningún género. ¿Se aprueba el negocio?

— ¡Aprobado! — vociferaron todos.

— Pues ahora vamos a tratar de otra cosa más agradable.

— ¿Más que el aguardiente?

— Mucho más.

— Veamos.

— Señores : debo advertirles — decía el hombre autoritario — que tenemos obligación de preparar unos grandes festejos para solemnizar la venida del ya célebre campeón, nuestro distinguido *Anguila*.

— ¿Pero, va a venir?

— Claro que vendrá ; y sino le obligaré yo a que lo haga, que para eso soy su amigo y protector.

— ¡Qué lástima que no esté entre nosotros Daniel Bolton, para acabarle de hundir!

— Ese ya no debe estar ni en Nueva York.

— En eso sí que puede que tenga usted razón

— dijo Jerónimo, el cartero, que había oído desde la puerta las últimas palabras del juez.



Para por qué no has dicho que tenías una muñeca volar.

— ¡Hola! ¿Eres tñ, buena pieza?

— Sí, señor ; aquí me tiene usted, como siempre.

— Pero ahora no vienes a llevarme la contraria.

— Claro ; porque me consta que *mi amigo* Daniel ya no debe estar en la gran metrópoli.

¡Al fin se ha convencido de que sus ilusiones eran ridículas! ¿Verdad?

— Hombre, tanto como eso no lo sé.

— Entonces deberá estar huyendo de las consecuencias de su fracaso.

— ¿Fracaso? ¿Pero es que usted no lee los periódicos?

— ¿Qué me quieres decir?

— Pues que, como siempre, está usted nadando en el vacío.

Y sacando un periódico del bolsillo leyó en voz alta:

El « Anguila », fracasado

« Anoche, a la salida del Club Deportivo, tuvieron un formidable encuentro el simpático boxeador Daniel Bolton con su contrincante, el *Anguila*.

El primero, en mejores condiciones que la última vez que luchó, cayó como una tromba sobre su adversario, y sin salirse de las leyes que marca el deporte del boxeo, dejó fuera de combate a su enemigo, demostrando una serenidad y unos bríos dignos del mayor encomio; tanto es así que pudiendo haber matado a su adversario le perdonó la vida noblemente.

Daniel fué ovacionado por el numeroso público que presenció la lucha.

El *Anguila*, derrotado por completo, pasó al hospital donde seguramente estará algunos meses, si es que sale con bien de este, para él, funesto lanceo.

El auditorio no supo qué contestar; y entoncez Jerónimo, volviendo a guardar el periódico en un bolsillo, exclamó destacando bien sus frases:

Ahora voy a casa, a poner en un marco esta



— ¿Pero esa luz de la ventana?

— La he encendido todas las noches para que la vieras... si vololo.

gacetilla y volveré a colocarlo aquí delante de la estufa, para que lo tengan siempre a la vista.

— ¿No es más que eso? — preguntó el juez, tratando de quitarle importancia al asunto.

— Aún hay más — dijo el cartero. — Me faltaba lo mejor. Daniel no ha querido más que probar su valor y sus condiciones derrotando al *gallo del pueblo*. Y ahora vuelve aquí.

— ¿Aquí? — preguntó el juez, consternado.

— Aquí, sí, señor. Hace ya tiempo que usted nos tiene tiranizados a todos. Pero se acabó. De hoy en adelante hay que respetar los puños de Daniel y los míos. Usted ya no es nadie.

Y dando media vuelta se dejó al auditorio con dos palmos de boca abierta.

* * *

Era ya bien entrada la noche, cuando Daniel se presentó en el pueblo.

De la estación se dirigió a la casa de Doris, no para ver a su novia, sino para contemplar el hogar donde vivía antes de recogerse en su antiguo caserón de las afueras.

En una de las ventanas del edificio que daba al pequeño jardín brillaba una luz.

— ¿Estará enferma? — pensó el muchacho acercándose a la empalizada instintivamente.

Doris, avisada por el buen Jerónimo, espera impaciente en el jardín; así es que antes de que Daniel se decidiera a llamar, oyó la voz de la joven que, amantísima como siempre, pronunciaba su nombre.

¡Doris! — suspiró el mozo, estrechando nerviosamente las manos que le tendía su novia.

— Sí, Daniel, sí... por fin te vuelvo a ver a mi lado, y ahora para siempre.

— ¿Pero y esa luz?

— La he encendido todas las noches para que la vieras si volvías.

— ¿Pero sabes ya que no pienso separarme de tu lado?

— Sí... lo sé todo por Jerónimo.

¡Pobre amigo mío! ¿Qué dirá cuando sepa que he llegado al pueblo y no he ido a verle?

— Nada, hombre; no diré nada, porque estoy aquí — dijo el cartero saltando con agilidad por la empalizada y yendo a parar a los brazos de su amigo.

Después contó lo que acababa de hacer en el hotel, y los tres quedaron en visitar formalmente al padre de Doris al día siguiente para concertar la boda.

Del *Anguila* no volvió a saberse una palabra en el pueblo, donde Daniel, casado con la mujer de sus sueños, vivía feliz y respetado, hasta por el famoso y descomunal juez.

FIN

DO - RE - MI

PUBLICACIÓN MUSICAL, AL ALCANCE DE TODOS : LOS
MEJORES NÚMEROS POPULARES : GRAN PRESENTACIÓN

Título de las piezas publicadas

PERICÓN RANCHERO (pericón), O. Villán y J. Costa.
ESCLAVA FIEL (javan), Hnos. Pelegrí y V. Quirós.
PICARA MODISTILLA, V. Selvatella, A. Lurca y J. Viladomat.
PERDÓNAME (tango), Hnos. Pelegrí y V. Quirós.
POR UNA MADRE (pasodoble), J. M.ª Milán y C. P. Requena.
S. M. LA REVISTA (fox-trot), letra y música de R. Vidal.
FUMANDO ESPERO (tango), F. Garzo y J. Viladomat.
EL PICO DE LA PACA (pasodoble-marcha), O. Villán y J. Costa.
MI ÚLTIMO RECUERDO, l. y m. de los Hnos. Cervera Pujo.
BOMBONES Y CARAMELOS, Atila, Morell, Pastallé y Barceló.
OYE, MARIANO: ¿Te gusta el chotis? José M.ª Cervera Pujo.
CORTA, CORTA (pasodoble), letra y música de R. Vidal.
EL MENSAJERO R. Riva A. Oliveros V. Pastellé y C. Barceló.
GOLONDRINA QUE NO VUELVE (barcarola), J. Viladomat.
EL COCO (rumba), Félix Garzo y Juan Viladomat.
SONREIR (fox-trot), R. Lluch y J. Gelanbl.
EL RAÍO DEL "PLUS ULTRA" (m. e.) J. Arques y V. Pastallé.
EL PAÑUELO CHILENO (cueca), O. Villán y V. Quirós.
MADRUGA CARTAGENERA (tandanguillo), Jofra Villacanas.
LA LECCIÓN DEL BESO (shymmy), B. Jover y A. L. Balanzá.
¡SOLA! (tango), letra de P. Mateu, música de José Mora.
FLOR O MUJER (vals-serenata), letra y música de R. Molgosa.
NINI (polca), letra de J. Misterio, música de J. Viladomat.
LAS MUÑECAS DEL PLATA (pericón), B. Jover y A. L. Balanzá.
MORENINHA (tado), letra popular, música de H. Rodríguez.
EL ÚLTIMO FOX (fox-trot), P. Verdú y L. Aguirre Rodao.
POR ALGO SERÁ (marcha), Graciani y Vicente Quirós.
¡TÚ VENDRAS! (tango), R. Lluch y J. Gelanbl.
Su Excelencia EL CHARLESTÓN, Rca. Jover y C. V. Meseguer.
GITANERIAS (aires andaluces), L. Huertas y Flor Guerrero.
LA MUJER MANDA (shimmy-blues), M. Godoy y J. Lito.
VIEJO MIO, ¿QUÉ TENÉS? (tango), O. Amato y L. Naten.

PRECIO: 35 CÉNTIMOS

1000

DIRECCIONES DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

— — —

Conocedores de la utilidad que ha de tener un libro con las direcciones de los principales artistas de la pantalla y casas productoras, nos hemos decidido a publicar el tomo, que ofrecemos a nuestros lectores

— — —

Precio de este interesantísimo libro :

U N A P E S E T A

BIBLIOTECA TREBOL

La colección cinematográfica más interesante y más barata

TÍTULO DE LOS CUADERNOS PUBLICADOS

EL ÚLTIMO VARON SOBRE LA TIERRA por E. Fox
EL PODER DEL QUE ES HONRADO por W. Desmond
VIVIR DE MILAGRO, por Bebe Daniels.
HOMBRES EN BRUTO, por Jack Hoxie.
EL TRIBUTO DEL MAR, por Anna May Wong.
ENAMORADA DEL AMOR, por M. de la Motte.
LA DAMA PINTADA, por G. O'Brien y D. Mackall.
LA MARCA DE LA VANIDAD, por Billie Dove.
CON LA ESPADA AL CINTO, por Martha Masfield.
LAS HIJAS DE LA NOCHE, por Orville Caldwell.
EL TERCO, por Tom Mix y Doris May.
NUESTRAS ESPOSAS, por Dorothy Phillips.
IDILIO ACCIDENTADO, por Wanda Hawley.
POR LLEVAR LA CONTRARIA, por Charles Jones.
WING TOY, por Shirley Mason.
EL REY DEL LAZO, por Charles Jones.
CASADO DE PASO, por Edmund Lowe.
EL TEMERARIO, por Reed Howes.
POR OTRA MUJER, por Kenneth Harlan.
EL EXPRES DE MEDIA NOCHE, por W. Haines.
EL NOVIO DE ULTRAMAR, por Shirley Mason.
¡ADELANTE MALACARA! por Tom Mix.
EL NIÑO PRODIGIO, por Charles Ray.
COMO AQUELLA MUJER, por Ricardo Cortez.
CAMBIO DE IDENTIDAD, por Jack Hoxie.
NACISTE Y SU SOBRINO, por B. Pagano.
POR LA SENDA DEL BIEN, por Cayena.
CREANDO UN HOGAR, por Alice Joyce.

PRECIO: **25** CÉNTIMOS



BIBLIOTECA PERLA

Tomos publicados

LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.
JURAMENTO OLVIDADO, por Mary Kid y Michel Varkon.
LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Vall.
AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.
¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por Eleanor Boardman.
CON LA MEJOR INTENCIÓN, por Constance Talmadge.
UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por Gladys Hollett.
SOMBRA DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.
EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.
LA LEY SE IMPONE, por Artur Hall y Mimi Palmieri.
DESOLACIÓN, por George O'Brien.
SUBLIME BELLEZA, por Audrey Munson.
CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.
EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henry Pacten.
EL CABALLO DE HIERRO, por George O'Brien.
ALEJANDRITO EL MAGNO, por Marion Davies.
NINICHE, por Carl Oswald.
DESTINO... por Isabella Ruiz.
LA MÁSCARA Y EL ROSTRO, por Margarita de la Motte.
CARNE DE MAR, por George O'Brien.
ANA MARÍA, por Henry Pacten.
EL HUERFANO DEL CIRCO, por A. Nox y I. Langlais.
CORAZÓN DE ACERO, por Rod la Rocque.
EL PRIMER AÑO, por Catalina Perry.

Precio de cada tomo

60 céntimos

Biblioteca Ilusión

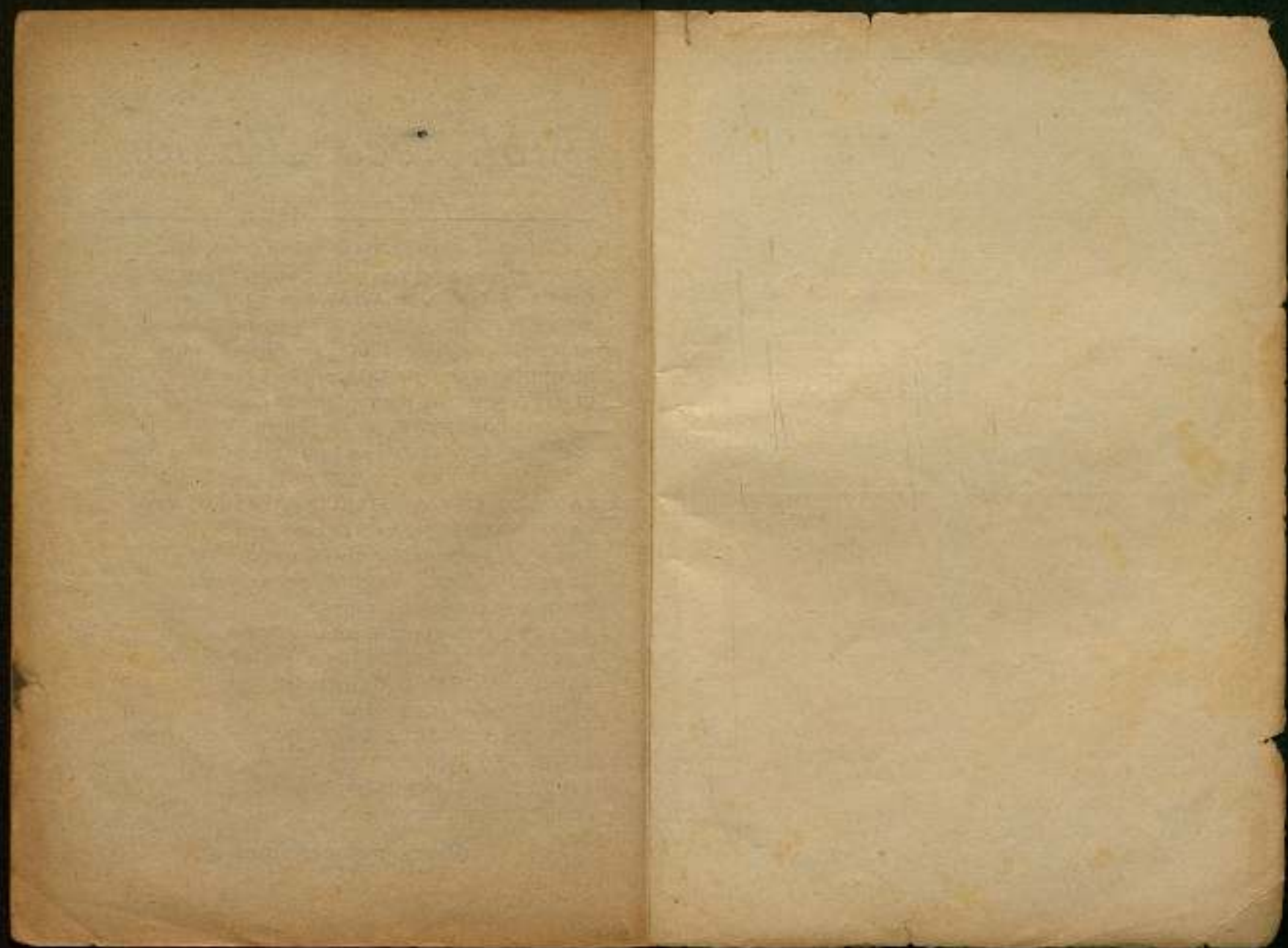
Publicación semanal

La colección cinematográfica más barata y bien presentada

TÍTULOS DE LOS TOMOS PUBLICADOS

GARRAS FEROCES, por Alma Rubens y Jack Mulhall.
YO NO TENGO CELOS, por Shirley Mason.
EL TRONO DE LA CODICIA, por Seena Owen.
EL ORGULLO DEL BARRIO, por Reed Howes.
EL LOCO FURIOSO, por Reed Howes.
MONEDA CORRIENTE, por John Gilbert.
PRÉSTEME SU MARIDO, por Doris Kenyon y David Powell.
CERCADOS POR LAS LLAMAS, por William Haines.
LA SENDA DE LAS ESTRELLAS, por Shirley Mason.
LA AMENAZA ROJA, por Jack Hoxie.
ANAPOLA, por Maria Neelma y «Pituisin».
EL TRIUNFO DE LA VERDAD, por Jack Hoxie.
A TODA VELOCIDAD, por Reed Howes.
RICARDITO, NIÑO BIEN, por Ricardo Talmadge.
EL PUENTE DE LOS SUSPIROS, por Dorothy Mac Kain.
POR AQUÍ NO SE PASA, por Charles Jones.
LA DESCONOCIDA, por Shirley Mason.
LA PUNTUALIDAD DE RICARDITO, por R. Talmadge.
ESPUELAS Y CORAZÓN, por Charles Jones.
LINAJE DE LUCHADOR, por Tom Mix.
¿CASADOS? por Owen Monte.

Precio : 25 céntimos



DO - RE - MI

PUBLICACIÓN MUSICAL

Cada semana una obra de los mejores autores : Lujosa presentación
 35 céntimos ejemplar : Precio de suscripción : 4 pesetas trimestre

ADMINISTRACIÓN : CALLE PARÍS, NUM. 20, : BARCELONA

PIEZAS PUBLICADAS

- | | |
|--|--|
| 1. PERICÓN RANCHERO, (Pericón) | 13. CORTA, CORTA, (Pasodoble) |
| 2. ENCLAVA FIEL, (Jazz) | 14. SOLOMONINA QUE NO VUELVE, |
| 3. MUJER MODISILLA, (Pasodoble) | 15. EL MENSAJERO, (Gua-gua) |
| 4. PERDONAME, (Tango) | 16. EL COCO, (Rumba) |
| 5. ¡POR UNA MADRE!, (Pasodoble) | 17. HONORER, (Fox-trot) |
| 6. E. M. LA REVISTA, (Fox-trot) | 18. El himno del "PLUS ULTRA", (M. E.) |
| 7. FUMANDO ESPERO, (Tango) | 19. EL PASAPORTE CHILENO, (Canción) |
| 8. EL PICO DE LA PACA, (Pasodoble) | 20. MADRUGA CARTAGENESA, |
| 9. MI ÚLTIMO RECUERDO, (Tango) | 21. LA LECCIÓN DEL BESO, (Symphony) |
| 10. BOMBONES Y CARAMELOS (Marcha) | 22. ¡¡ SOLA !! (Tango) |
| 11. DYE, MARIANO : ¿Te gusta? (Chotis) | 23. FLORES DE MUJER (Vals-serenata) |



Facsimil de las portadas de esta colección
 cuyo tamaño es de 32x24 1/2 cms